

La ampliación del objeto de los estudios literarios hacia la cultura

Dr. José Luis de Diego

I

Hace ya once años, Jorge Panesi (1995: 5) habló de la “comodidad de la conjunción ‘y’”: lengua y literatura, literatura y política, política y ficción, literatura y sociedad, y tantos otros. Resulta evidente que la “comodidad” de la conjunción radica en que a menudo se ponen en contacto dos categorías heterogéneas y asimétricas y no se explicita qué tipo de relación establece el coordinante entre ellas. Una de esas relaciones, que la teoría ha explorado con insistencia, es la de determinación (*Bestimmen*). Si afirmamos que A determina a B, queremos decir que A puede operar como *matriz explicativa* de B, de modo que modificaciones producidas en A determinarán modificaciones en B. Es más: que las modificaciones resultantes en B resultarán homólogas de las producidas en A. Muchas veces se ha leído así, por ejemplo, el sentido del coordinante “y” en la relación “historia y literatura” o en “política y literatura”. Sin embargo, es sabido que los procesos de determinación tienen, digamos, *escalas*, que modifican el sentido de la determinación, la desvían o la atenúan; la refractan. A estas *escalas* la teoría las ha llamado *mediadores*. La teoría de las mediaciones procuró distanciarse de esquemas de determinación demasiado mecanicistas. Así, A determina a B, pero a través de X; en este tipo de relación, X atenúa la determinación de A sobre B, esto es, dota a B de mayor autonomía respecto de A. Si pensamos en la relación literatura y sociedad en la muchas veces citada teoría de los campos de Pierre Bourdieu, el concepto de “campo intelectual” representa un mediador entre sociedad y escritor: por un lado, reduce la asimetría entre A y B; por otro, relativiza el sentido de las determinaciones y autonomiza al escritor respecto de ellas: su conocida teoría de la “autonomía relativa” de los campos. No obstante, es fácil advertir que la teoría de la “autonomía relativa” tiene mucho de coartada al no poder resolver en la teoría algo que necesariamente debe resolverse en el estudio de casos.

Veamos, entonces, uno de ellos: el de la relación entre cultura y literatura. Esta relación puede plantearse desde A hacia B, es decir, qué lugar ocupa la literatura en los llamados “estudios culturales”, o bien desde B hacia A: de qué manera los estudios literarios fueron amplificando su objeto hacia la cultura. Veamos el primero de los casos.

II

Los llamados “estudios culturales” tienen una génesis largamente reseñada y no voy a insistir sobre ella. En el año 2003, la *Revista Iberoamericana* dedicó su número 203 a establecer un estado de la cuestión bajo el título “Los estudios culturales latinoamericanos hacia el siglo XXI”, que incluye las ponencias presentadas en el XXIII Congreso Internacional de la *Latin American Studies Association (LASA)*. De entre los que allí participaron y los que no participaron pero fueron profusamente citados, puede trazarse un mapa que tiene como centro a algunos investigadores de algunas universidades de los Estados Unidos: John Beverley y Mabel Moraña, de la Universidad de Pittsburgh; Walter D. Mignolo y Alberto Moreiras, de la Duke University; George Yúdice, de la New York University. En México, Jesús Martín-Barbero y Néstor García Canclini; en Argentina, Beatriz Sarlo; en Chile, Nelly Richard; en Venezuela, Daniel Mato. A su vez, ese mapa puede reorganizarse según las distintas corrientes internas que el movimiento aglutina y que motivaron y motivan innumerables debates en torno al objeto de estudio, sus alcances, y las diferentes perspectivas teóricas y metodológicas para abordarlo. Así, por ejemplo, a Walter Mignolo se lo identifica con los “estudios poscoloniales”; a Beverley con los “estudios sublaternos”; a Richard y a Sarlo con la más genérica “crítica cultural”; a Martín-Barbero y a García Canclini con los “estudios culturales” propiamente dichos.

Sin embargo, los debates no se limitan a las cuestiones teóricas planteadas, sino que en muchos casos derivan hacia el modo en que se actualizan o no las agendas institucionales en la universidades de los Estados Unidos. Así, Mignolo afirma que “durante la guerra fría teníamos, por un lado, las disciplinas (sociología,

historia, antropología) y por otro las áreas (América Latina, África, Asia, Asia Central, Caribe, etc.)". De modo que la inclusión de los *Latin American Cultural Studies* en los "Estudios de Áreas" implicó un diseño más cercano a la lógica de funcionamiento de las áreas que a la de las disciplinas. La débil inserción en relación con las disciplinas derivó en una curiosa paradoja: mientras los *Latin American Studies* son "básicamente un asunto de las ciencias sociales, los Estudios Culturales Latinoamericanos emergieron como un asunto, fundamentalmente de las humanidades." (Mignolo, 2003: 404-405). Por otra parte, su directa relación con las áreas estrechó vínculos sólidos con, por ejemplo, los *Asian Studies*.

Desde este mapa, someramente diseñado, podemos volver a nuestra primera pregunta: ¿qué lugar ocupa la literatura en los así llamados "estudios culturales"? Podríamos decir, en este sentido, que la relación que se postula desde el coordinante "y" en la fórmula cultura y literatura es de implicancia simple, esto es, que han terminado por subsumir a la literatura dentro de un objeto ampliado de carácter cultural o antropológico, en el que la literatura se incluye como *manifestación* o como *testimonio* identitario de una cultura. El resultado de esta operación es una literatura anulada en su especificidad y neutralizada en lo que sostiene su irreductibilidad a determinaciones de variado tipo. Veamos un par de afirmaciones de Martín-Barbero:

Es en ese ecosistema y en esos dispositivos donde se juega –se hace y se deshace– la diferencia entre unos *géneros* cuyo estatuto ha dejado de ser puramente literario para tornarse *cultural*; esto es cuestión de memoria y reconocimiento, frente a unos *formatos* en los que habla el sistema productivo (2003: 375-376. La cursiva en el original).

Así, según el autor, asistimos a la "subordinación de los géneros a la lógica de los formatos". Podríamos coincidir con Martín-Barbero si incluimos a la literatura dentro de un proceso amplio junto con la televisión, el cine, la plástica, los formatos computacionales, etc.; pero si invertimos la mirada y observamos *desde* la literatura, la afirmación es inexacta. En literatura, quizás por estar algo relegada en los procesos de transformación que parecen –o pretenden– incluirla, se

advierte que los imperativos genéricos son todavía mucho más fuertes que los *formatos* que el autor describe. Continúa Martín-Barbero:

La gramática narrativa predominante dicta una clara reducción de los componentes propiamente narrativos –ausencia o adelgazamiento de la trama, acortamiento de las secuencias, desarticulación y amalgama–, la prevalencia del ritmo sobre cualquier otro elemento con la consiguiente pérdida de espesor de los personajes, el pastiche de las lógicas internas de un género con las de otros –como los de la estética publicitaria o la del videoclip– y la hegemonía de la experimentación tecnológica, cuando no la de la sofisticación de los efectos sobre el desarrollo mismo de la historia (2003: 384).

¿Es este diagnóstico aplicable, sin más, a la literatura? ¿A qué tipo de literatura? Pensemos en el éxito que consagró a una novela como *Sábado*, de Ian McEwan, el año pasado; pensemos en la celebrada resurrección de un autor como el húngaro Sándor Márai; pensemos en la reciente aparición, con todo el empuje mediático, de una nueva novela del gran John Irving; pensemos, en Argentina, en la definitiva canonización de Juan José Saer, en el interés que despertó en la crítica la novela *El pasado*, de Alan Pauls, que ahora será llevada al cine. No estoy hablando de literatura para iniciados, o sólo consagrada en sofisticados círculos; estoy hablando de literatura que ha logrado sortear el doble desafío de calidad y reconocimiento de los lectores. Lo dicho pretende demostrar que los diagnósticos trazados *desde la cultura*, desde los “estudios culturales”, hacia la literatura tienden a acentuar las determinaciones culturales, a negar los procesos de mediación y a vulnerar, por fin, su autonomía. Quizás sea ésta la razón que explica el interés creciente de los “estudios culturales” por el género testimonial, precisamente por tratarse de un género que simula anular las mediaciones que impone el arte y parece explicitar de un modo más o menos transparente sus determinaciones. Como afirma Abril Trigo: “El ‘testimonio’ ofreció al latinoamericanista de izquierda en los Estados Unidos un medio extraordinario con el cual evitar la mediación de los intelectuales locales (latinoamericanos) y establecer alianzas políticas directas con los sujetos subalternos (indígenas, nativos, mujeres)...” (2005: 117). Parece innecesario aclarar, por último, que no en

todos los autores mencionados se advierten estas operaciones críticas y que el mapa que tracé es sólo indicativo.

III

Vayamos ahora a la segunda cuestión, desde B hacia A: de qué manera los estudios literarios fueron amplificando su objeto hacia la cultura. En este sentido, lo primero que habría que afirmar es que, desde siempre, la literatura y la crítica literaria se han hecho cargo de los conflictos culturales que atraviesan la vida social. ¿Cuáles conflictos? Dicho sintéticamente, aquellos que se manifiestan en el eje temporal (antiguos y modernos, tradición y vanguardia); o en el eje espacial (nación e imperio, centro y periferia, capital e interior), o en el eje social (elite y pueblo, burguesía y proletariado, cultura letrada y cultura popular); o, más recientemente, lo privado y lo público, la memoria y el olvido, entre tantos otros. Si esto es así, no parece ser cierto que el llamado “giro cultural” operó una nueva ampliación del objeto de los estudios literarios hacia la cultura, porque esa ampliación no es para nada nueva. Así lo testimonian Martín-Barbero: “Nosotros habíamos hecho estudios culturales mucho antes de que esa etiqueta apareciera”; y García Canclini: “Comencé a hacer Estudios Culturales antes de darme cuenta que así se llamaban”. Podemos afirmar, entonces, que la ampliación del objeto hacia la cultura tuvo diferentes momentos.

En otro lugar (de Diego, 2006) planteé una fecha simbólica de origen: 1936. En ese año, finalmente Walter Benjamin logra publicar, en traducción francesa, “La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica”; en Praga, Jan Mukarovsky da a conocer la segunda versión, ampliada, de “Función, norma y valor estético como hechos sociales”; exiliado en la Unión Soviética, Georg Lukács escribe “¿Narrar o describir?”, que publicará, doce años después, en Berlín. Ahora bien, se trata de tres trabajos que, en una primera lectura, poco tienen que ver, más allá de la coincidencia azarosa de que hayan sido escritos en los mismos años y dados a conocer en Europa. Sin embargo, vistos desde transformaciones

futuras, esos textos se conectan en una inquietud que los reúne y condensa: la dilución de las fronteras que limitaban el campo artístico, la perplejidad ante un objeto de estudio que se va de las manos, que se desborda y complejiza y, por ende, la necesidad de modificar los instrumentos de análisis e interpretación de los nuevos fenómenos. Lo interesante es ver hasta qué punto esos textos comienzan a marcar un hito: el de la metamorfosis del trabajo crítico, tanto en la ampliación del objeto de estudio como en las necesarias adecuaciones metodológicas que esa ampliación requiere. Quiero decir que, considerados separadamente, estos textos pueden resultar, como se ha dicho muchas veces de Benjamin, genialmente anticipatorios; puestos en relación –1936 en la Unión Soviética, Praga, Berlín, París– parecen revelarse como la zona hoy más visible de un debate muy profundo y difundido, que aún no ha terminado y cuyas consecuencias todavía percibimos como no resueltas.

Esa ampliación del objeto puede reconocer un segundo momento en otra coincidencia significativa. Roland Barthes publica su primer gran libro sobre literatura “alta” y cuatro años después se ve fascinado por la cultura de masas –de *El grado cero...*, del '53, a *Mitologías*, del '57–; ese mismo cambio se puede advertir en Umberto Eco –de *Obra abierta*, del '62, a *Apocalípticos e integrados...*, del '64–. Son los años del “giro lingüístico”, y la disciplina que consolidó Saussure era la herramienta universal que permitía abandonar un objeto de estudio consagrado y lanzarse a evaluar el cine y la televisión, los *comics* y las publicidades, la moda y la alimentación.

De modo que podemos considerar que el llamado “giro cultural” representa un tercer momento del itinerario que estamos trazando. Como afirma Miguel Dalmaroni: “Entre nosotros es ya lugar común la advertencia según la cual los ‘Estudios Culturales’ terminan escribiéndose como un retorno postcientificista a cierta expresión disciplinaria que la semiótica protagonizó en los años sesenta” (1997: 21). Entonces, este tercer momento no se caracteriza por una ampliación del objeto hacia la cultura, ya que, como hemos visto, esa ampliación tiene una historia de larga data; se caracteriza por ampliar la mirada hacia *otros* objetos de la cultura. Las nuevas agendas institucionales, derivadas de lo que la academia

norteamericana suele llamar “multiculturalismo”, nos inundaron de trabajos sobre etnias, géneros (en el sentido de *gender*), marginalidades y exclusiones, identidad y subalternidad, otredades varias y, por supuesto, cuerpos. Dice Eagleton: “... sin duda habrá pronto más cuerpos en la crítica literaria que en los campos de Waterloo” (2004: 38). La sesgadas lecturas que en ciertas universidades se hicieron de autores como Derrida y Foucault llevaron a exaltar las diferencias, a abolir cualquier atisbo de totalidad, a celebrar las derivas, los flujos, las estructuras rizomáticas, los intersticios, las indecibilidades. Fue entonces que nos enteramos, para sorpresa de muchos, de que negros y mujeres, por ejemplo, no lucharon para lograr la igualdad de derechos, sino para que se respetaran sus diferencias culturales.

Dice Martín-Barbero: “Al entrar en *crisis* las tres grandes instituciones de la modernidad –el trabajo, la política y la escuela– que constituían la fuente del sentido colectivo de la vida, su significado se divorcia de lo que el individuo o la comunidad *hace* para ligarse a lo que *se es*: hombre o mujer, negro o blanco, cristiano o musulmán, indígena o mestizo”. (2003: 373). Es posible pensar –al menos, yo lo pienso– que del “hacer” al “ser” existe un retroceso, en el sentido en que el énfasis puesto en el multiculturalismo difundido desde las universidades del capitalismo avanzado ha terminado por disolver lo mejor de la herencia de la modernidad: el principio de universalidad de ciertos derechos y la vigencia de las ideologías igualitaristas en tanto proyecto de transformación social. En este contexto, todo centro es excluyente, toda jerarquía es elitista, todo canon se ha hecho para marginar a quienes quedan afuera.

Sólo un ejemplo. En un artículo de 2000, David Lagmanovich escribe sobre “canon y vanguardia” y afirma que uno de los rasgos del canon argentino es que los autores “son de la metrópoli” (2000: 101), ya que el canon margina a la literatura del interior del país. Pero pensemos un momento en nuestro siglo XX: ¿no se ha advertido que, después de la generación porteña de Borges y de Arlt, resulta difícil, si no imposible encontrar una autor más o menos canónico, más o menos consagrado, que sea “de la metrópoli”? Si es cierto mi argumento, ¿por qué Lagmanovich dice lo que dice?. No lo sé, pero probablemente sea porque

reivindicar los márgenes, en este caso el interior del país, es lo que se estila en estos tiempos. Quizás sea bueno recordar que los grupos neonazis, o los abusadores de niños, siguen siendo, afortunadamente, marginales.

Eagleton, en el capítulo final de su *Teoría literaria* (1988), afirma: “La crisis actual en el campo de los estudios literarios es, en el fondo, una crisis de definición del objeto de estudio propiamente dicho”. No me angustia esa crisis, tampoco la celebro. Me preocupa sí la aceptación acrítica de agendas institucionales involucradas en lo que conocemos como posmodernidad.

Bibliografía

Dalmaroni, M. (1997) “La moda y ‘la trampa del sentido común’. Sobre la operación Raymond Williams en *Punto de vista*”, *Orbis Tertius*, N° 5. Centro de Teoría y Crítica Literaria, Universidad Nacional de La Plata, 1997: 13-21.

de Diego, J. L.. (2006) “1936”, *La verdad sospechosa. Ensayos sobre literatura argentina y teoría literaria*. Al Margen, La Plata, 169-176.

Eagleton, T. (1988) *Una introducción a la teoría literaria*. Fondo de Cultura Económica, México.

Eagleton, T. (2004) *Las ilusiones del posmodernismo*. Paidós, Buenos Aires.

Lagmanovich, D. (2000) “Canon y vanguardia. Una perspectiva sudamericana”, Wentzlaff-Eggebert, Christian y Traine, Martin (eds.) *Canon y poder en América Latina*. Centro de Estudios sobre España, Portugal y América Latina, Universidad de Colonia, 78-103.

Martín-Barbero, J. (2003) “Identidad, tecnicidad, alteridad. Apuntes para re-trazar el *mapa nocturno* de nuestras culturas”, *Revista Iberoamericana*, Vol. LXIX, N° 203. Pittsburgh, abril-junio de 2003: 367-387.

Mignolo, W. (2003) "Los estudios culturales: geopolítica del conocimiento y exigencias/necesidades institucionales", *Revista Iberoamericana*, Vol. LXIX, N° 203. Pittsburgh, abril-junio de 2003: 401-415.

Panesi, J. (1995) "Política y ficción, o acerca del volverse literatura de cierta sociología argentina", *Boletín del Grupo de Estudios de Teoría Literaria*, N° 4. Universidad Nacional de Rosario, 1995: 5-13.

Trigo, A. (2005) "Historia personal de los estudios culturales latinoamericanos. Una pregunta molesta", *Katatay. Revista crítica de literatura latinoamericana*. La Plata, 2005: 112-131.